

REFLEXIONES, desde una perspectiva de género, SOBRE LA ANOREXIA Y LA BULIMIA.

MARIA JESUS SORIANO SORIANO
Psicóloga Clínica

La idea de un interés en ser gorda es difícil de entender; en cambio, pocas personas dejarán de comprender el interés por ser delgada, ya que se adecua a las expectativas de cualquier mujer.

Es un hecho que **la anorexia nerviosa** es una condición casi exclusivamente de las mujeres muy íntimamente relacionada con la compulsión a comer y la obesidad. Si los hombres padecieran de este problema en el mismo grado se habría buscado una explicación diferente. Pero por desgracia, la obsesión con la comida, el comer a escondidas y furtivamente y el interés en alimentar a otros, nos lleva a identificar el origen del problema en las condiciones sociales de las mujeres en nuestra cultura.

Tanto las **anoréxicas** como las **comedores compulsivos- las bulímicas-**, se llenan de comida y se matan de hambre. No obstante, la anoréxica se mata de hambre durante largos periodos, subsistiendo a duras penas con un huevo o una galleta por día o con un ayuno más riguroso que el de antes o bien con abusos de laxantes, vómitos y de enemas. El hecho de comer como un pajarito es la respuesta a una cultura social que elogia el hecho de estar delgada y la fragilidad en las mujeres.

¿Porque se produce en la adolescencia?

En la adolescencia, las chicas se sienten fuera de lugar. Sus cuerpos están cambiando, se amplían y se redondean, toman formas de mujer. Cambian de una manera que no controlan. Estos cambios producen en las chicas sentimientos de confusión y de impotencia. Los cambios del cuerpo se asocian con cambios en la posición que ocupan en sus lugares domésticos, escolar y entre las amistades.

La forma de controlar estos cambios es con la renuncia al comer, hecho que las hace sentir que controlan la situación. En trascender la sensación de hambre, ganan un área de su combate con ese

cuerpo que parece que se desenvuelve de forma independiente. Entre los 12 y 17 años estas adolescentes encuentran que la sociedad en general y los hombres en particular no las recompensan como les han hecho esperar la educación parental y social. Son niñas excesivamente sobre-adaptadas a las normas, que esperan con eso la satisfacción y la aprobación. Son niñas muy protegidas. Al llegar a la adolescencia, cualquier cambio en sus cuerpos tiene un significado, tiene un sentido. No pueden integrarlo. No pueden crecer. No pueden salirse. En la infancia acataban todo aquello que se les ordenaba, pero sin sentir que se comprometían internamente. Pueden ser unas niñas exitosas, con buenas notas, pero en la mayoría de los casos, el esfuerzo hasta conseguir el éxito tiene como objetivo complacer a los padres. Consideran el éxito principalmente como una recompensa que podrían obtener de los demás. A pesar de una actividad aparentemente adaptada, sea escolar o sea profesional, la inserción social siempre es mala, ya que la relación con sus contemporáneos y con los diferentes grupos sociales es extremadamente pobre y frecuentemente inexistente. La experiencia profesional con estas jóvenes, es que cada una piensa que su personalidad de base ha sufrido un menosprecio, que no es lo suficientemente buena, y entonces todos los esfuerzos se centran en cubrir esta mancha fatal. Este tipo de adolescentes están convencidas que todo el mundo que les envuelve les observa con desaprobación.

Un punto de vista feminista sugiere una raíz causal complementaria.

El intento de la mujer joven de comprometerse con tantas actividades como le sea posible, es una proyección contra la exclusión que anticipa la entrada a la feminidad, porque al proyectarse al futuro ve que el mundo lo forman hombres que se premian por salir al mundo y las mujeres que son excluidas de la actividad en el mundo o más ambiguamente, incluidas pero no compensadas o reconocidas.

La ultrafeminidad y el rechazo a la feminidad están relacionados con el síndrome de la intensa energía y la actividad de la anoréxica. Esta actividad se expresa en una compulsión a sacar notas en los estudios, a destacarse en los deportes y mantenerse en primera línea, cueste lo que cueste. Esta intensa actividad es la respuesta dolorosa que hacen algunas anoréxicas al frágil sentimiento que tienen sobre ellas mismas; eso les lleva a retirarse del mundo

publico a las secas habitaciones, con lo que acentúan una vez mas la invisibilidad de las mujeres.

Los intentos de controlar su aspecto físico demuestran una preocupación desproporcionada por agradar a los otros, especialmente a los hombres, con tal de hacer visible sus sentimientos de validez. Han consagrado su vida a realizar el rol femenino en lugar de realizarse como a personas individualizadas. Ninguna de ellas no ha desarrollado un sentimiento básico de capacidad personal o de autoestima.

Para mí, el sentimiento de no tener una identidad no es una ilusión o una mala percepción, sino una realidad que no ha de estar necesariamente provocada de forma exclusiva por el estereotipo de una madre protectora, sino también por otras prescripciones culturales, sociales y psicológicas. El rechazo de los alimentos les exime de la necesidad de enfrentarse con el papel de mujer adulta, y con eso se desexualizan. Para la **anoréxica** el rechazo al comer es una manera de decir no, una manera de negarse. Es su manera de demostrar fuerza. La delgadez, por otra banda, también expresa fragilidad y un cierto interés por desaparecer.

Sussi Orbach argumenta de manera bastante convincente , cómo una característica clave de la anorexia, la inanición en medio de la abundancia, la negación delante del deseo, la lucha por ser invisible delante del deseo de ser vista, todo junto, una metáfora de nuestra época. Es necesario ver este problema, a demás de la conflictiva relación de las mujeres con la comida, como un espectáculo atroz donde las mujeres “transforman sus cuerpos” en una intento de enfrentarse a los requerimientos contradictorios del rol femenino contemporáneo.

Conferencia presentada en Ca La Dona. Mesa titulada “¿es la anorexia una enfermedad de género? Y publicada en la revista Ca la Dona nº 31 – Diciembre 1999